

Primorosa ciudad sin esqueleto

Fernando Corona

Centro Histórico
Septiembre 6 de 2012

I. Rumor y zumbido

Comienza José Joaquín Blanco su crónica *Los mexicanos pintados por sí mismos* con la aseveración de que nuestra ciudad, nuestro Centro Histórico, nuestro hueso, es más un ritmo que una estructura, es movimiento más allá que constructo, es ciudad por la gente y no por su urbanismo. Esta visión estaba ya percibida por Bernal Díaz del Castillo, cuando refiere, en relación con la gran plaza y la multitud de personas que pululaba en las calles de México-Tenochtitlan, que «solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua».¹ Y esta visión no ha sido diferente o contradictoria a lo largo de casi medio milenio en voces novohispanas, decimonónicas y modernas, hasta llegar a la “vieja ciudad de hierro” de Rodrigo González, la ochentera urbe «de cemento y de gente sin descanso», la cual perdería su esencia, dejaría de ser tal cual es, si algún día su historia tuviera algún remanso.

No sería la nuestra, bajo esa particular visión, ni una ciudad *letrada* ni una *escrituraria* solamente, rubros que describiera el humanista uruguayo Ángel Rama, sino una suerte de urbe *rumoraria* o *susurraria*, hecha de voces que la hacen como un ser invertebrado que serpea sin cuerpo firme, casi como una lombriz inadvertida, viento viejo, sombra en desplazamientos timoratos, ciudad que se hace a fuerza de conversar como en secreto en un murmullo armónico de ola. Así, el primer sello de nuestra vida literaria no está justamente en los sujetos que escriben, que producen una literatura de y para la ciudad. No se trata, pues, de una urbe *literaturizada*; antes bien, de una ciudad *literaria* como Vicente Quirarte la ha juzgado: digno personaje de novela o de cuento, protagonista de la poética visual y sonora. Es una ciudad que

¹ Cf. Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de México*, 2 vols., México, Porrúa, 1955, p. 281.

participa del relato y del poema, no donde acontecen los mismos. Rumor y zumbido desde su más lejano origen, calle a calle y muro a muro es una sombra viva que se expresa en cuchicheos, bullicio intenso, una voz en réplicas como temblor o espejo.

II. Las reuniones de ociosos

Dice Emilio Carilla que el siglo XVII «es época en que los hombres de letras sienten aún mayor necesidad de reunirse, de nuclearse en academias»,² fenómeno que no solamente fue visible en la ciudad por antonomasia, sino que también en las ciudades medianas y pequeñas se repetía el mismo fenómeno, el cual fue acrecentándose conforme se iba a avanzando hacia el siglo XVIII, preparando sin querer el escenario propicio para que, en el XIX, tuviera lugar la explosión demográfica (sobre todo en la capital) de una fiebre de agrupaciones literarias de todo tipo, como si por siglos el hombre de letras hubiese estado encerrado y constreñido a no reunirse.

Y en aquel siglo XVII se trataba, por sobre todo, de academias poéticas, entendiéndose por ello lo que el barroco –y específicamente el culterano– expresaba en consonancia con una pasión desbordada y un afán combativo: por todos lados, al tiempo que honras fúnebres vistosas, ceremonias de precedencias y pompas militares de gran aparato, tenían lugar certámenes y homenajes poéticos en donde el poeta se jugaba una posición social y un escenario tan engalanado como hueco, tan sonoro como inane. Ahí comienza una tradición afianzada en las letras de “lo académico” que se abrió camino y sigue vigente en todo espacio literario –en foro abierto o techado– abierto a la ocasión de escuchar sin comprender, de participar sin tomar parte, de hacer presencia generando ausencia. Nuestra ciudad tiene desde entonces ese aire fantasmal de saber que se lee poesía, se premia el esfuerzo “literario”, se presentan libros para un nadie que somos todos los que asistamos porque en la incompreensión

² Cf. “Literatura barroca y ámbito colonial”, en *Thesaurus*, t. XXIV, núm. 3, 1969, Centro Virtual Cervantes, p. 422.

hay al menos la solidaridad de haber estado al lado o en compañía del académico letrado. En efecto, como el crítico José Ares Montes refiere al respecto de la poesía del poeta novohispano Agustín de Salazar y Torres: «es académica, quiero decir, de academia literaria, como debió serlo, en su mayor parte, la poesía española del siglo XVII. Aquellas reuniones, que alguien llamó de ociosos, desempeñan un importante papel social y literario, y, en este último aspecto, son el equivalente de las revistas poéticas de nuestros días, en lo bueno y, sobre todo, en lo malo»,³ esto último referido a un estilo frío e insincero, carente de calor humano y afectividad, sólo salvable acaso por ciertos logros formales o cargas afectivas, en donde abunda lo efímero y vacío en que el empobrecimiento se reduce a una fórmula: “la retórica suplanta a la poesía”, como ahora no ha dejado de suceder.

III. Las logias disfrazadas de tertulias

Un gran número de grupos literarios, durante el primer tercio del siglo XIX, desfilaron desde la fundación de la primera asociación embrionaria del país, la Arcadia Mexicana (1808), hasta la creación de la más importante de ese siglo, la Academia de Letrán (1836). Más aun, a lo largo de toda esa centuria, sin precedentes y sin parangón posterior en la historia de nuestro país, hizo presencia en el territorio nacional –con especial centralización en la capital– una serie de agrupaciones y sociedades literarias de diversa índole, desde simples tertulias hasta agrupaciones con reglas y estatutos bien definidos. Esta aparición puede datarse casi con la perfección de un calendario en un siglo que va desde la aparición de la Arcadia de México en abril de 1808 hasta la fundación del Ateneo de la Juventud en octubre de 1909, enmarcado este ciclo por las dos luchas armadas más importantes de nuestra historia: la de independencia y la de revolución.

Docenas de agrupaciones surgieron y murieron a lo largo de ese siglo con una pasión y un ansia inéditas. Sin embargo, deseo reducir la cuenta de ese rosario de nombres a una etapa

³ *Ibid.*, p. 423, n. 10.

determinada, que va desde el inicio de la lucha armada independentista hasta el establecimiento, en 1833, de tres instituciones de capital importancia para la historia de nuestras letras y nuestra cultura: la Biblioteca Nacional, el Teatro Nacional y la Sociedad de Geografía y Estadística.

En este sentido, es importante considerar el papel desempeñado por las logias masónicas en los movimientos sociales de los siglos XVIII y XIX, consistente en las “sociedades de ideas”⁴ que promovieron algunas de las propuestas políticas que asumieron e hicieron suyos los postulados de la Ilustración, la Enciclopedia y el liberalismo. En México, en 1820, circulaba un texto titulado *Prospecto para el establecimiento de la Academia Patriótica Constitucional en Méjico*,⁵ que da cuenta de la fundación, en la Ciudad de México, de una «Academia, asociacion, ó como quiera llamarse, que convidando á todos los sábios de este continente, á efecto de que nos comuniquen sus luces, y adelantamientos que hubiesen hecho en las artes y en las ciencias, contribuya á su perfeccion, bajo de todos los respectos que pueda sublimarse. Así el arabe en un tiempo feroz, estavleció en Córdoba seminarios de literatura, cuya celebridad sobrevive todavia».⁶

En este marco, en cuanto a la pregunta de qué es lo que fomentó la proliferación de grupos literarios en México desde 1808, a partir de la Arcadia ya mencionada, una respuesta que creo factible es que tal ebullición surgió, justamente, a partir del establecimiento de esas sociedades de ideas conformadas en el ideario de una libertad de conciencia y de palabra frente a un conservadurismo censor. En efecto, una somera revisión de las agrupaciones literarias que van del México virreinal al independiente deja ver, en una primera fase de 1785 a 1824, cómo, frente a la oficial institución de la Academia de San Carlos de las Tres Nobles Artes (fundada en 1785), se vivían escenarios clandestinos como el de ciertas reuniones de “franceses ilustrados” en la relojería de un francés conocido como Juan Esteban Laroche, aproximadamente en 1790, en la Ciudad de México. Es relevante recordar también la logia en la calle de las Ratas (para algunos, centro político) de 1806, en la que algunos autores suponen fueron iniciados el Padre de la

⁴ Como las llama José Luis TRUEBA LARA –si bien la expresión no es acuñada por él, como se verá en seguida– en el capítulo “La participación política de las sociedades de ideas”, en su obra *Masones en México: historia del poder oculto*, México, Grijalbo, 2007, p. 63 y ss.

⁵ Publicado en México, en la Oficina de Don Alejandro Valdés, en 1820.

⁶ *Ibid.*, p. 10-11.

Patria y otros héroes de la independencia, sustituida después por la Casa de Campo “El Pensil”. De ahí hasta 1824, las agrupaciones literarias que van surgiendo crecen gracias a personajes centrales de la masonería emergente, como Andrés Quintana Roo y José Joaquín Fernández de Lizardi, estrechamente ligados con otras figuras políticas también vinculadas a los núcleos masónicos, como Valentín Gómez Farías y José María Luis Mora.

En segunda instancia, de 1824 a 1833, estos grupos reunieron en su seno a prominentes masones que, además de reunirse en tertulias literarias, propugnaban por la consecución de fines fielmente nacionalistas como la creación, en 1833 (previa discusión en el mismo año en una Gran Asamblea Nacional masónica), de la Biblioteca Nacional, el Teatro Nacional y la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,⁷ a las que seguirían no mucho tiempo después la Academia de la Lengua (1835) y la Academia de Letrán (1836-1856).

IV. El germen del fomento a la lectura

En julio de 1820 estableció José Joaquín Fernández de Lizardi, en la calle de Cadena (letra “A”), una Sociedad Pública de Lectura, «en la que por un real cada vez que asistía uno á ella, se leían todos los periódicos é impresos que se publicaban por ese tiempo, pagando igual precio cuando le eran llevados a domicilio».⁸ Esta actividad había tenido referentes en actividades clandestinas en el México pre-independiente, con varios cofrades de sociedades secretas reunidos en casa de cualquier miembro para leer los libros censurados que llegaban sobre todo de Francia.

⁷ Cf. ZALCE Y RODRÍGUEZ, Luis J.: *Apuntes para la historia de la masonería en México: de mis lecturas y mis recuerdos*. México, Talleres Tipográficos de la Penitenciaría del D. F., 1950, v. 1, p. 106. En este pasaje, Zalce cita las declaraciones de la creación del Rito Nacional Mexicano por parte del Doctor José María Luis Mora, en una Asamblea General en la que éste presentó un programa político concreto, cuyo punto 4º mencionaba la “Mejora del estado moral de las clases por la destrucción del monopolio del clero en la educación pública, por la difusión de los medios de aprender, y la inculcación de los deberes sociales por la formación de museos, conservatorios de artes y bibliotecas públicas y por la creación de establecimientos de enseñanza, mediante la literatura clásica de las ciencias y la moral”.

⁸ Cf. Luis González Obregón, *Don José Joaquín Fernández de Lizardi (El Pensador Mexicano)*, México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento, 1888, p. 32.

Con todo, no es sino hasta este momento en que se oficializa a título de deber público el difundir la lectura a todo interesado en acercarse a ella, si bien el propio Fernández de Lizardi no deja de apreciar que no se lee en México, y la razón, más que debido a ignorancia o apatía, la denuncia en la carencia de dinero para comprar «cuanto papel sale en el día, con cuya falta carecen de mil noticias útiles, y de la instrucción que facilita la comunicación de ideas»; para terminar su labor manifestando con tristeza que había gastado y perdido su dinero en la empresa que no tuvo efecto.

Sin embargo, el paso decisivo se había dado y el siglo XIX también se veía beneficiado por otros tantos librereros, impresores y impulsores de la lectura, haciendo salir en papeles tanto guías de viajeros, que se habían venido imprimiendo desde finales del XVIII, hasta un incremento notable de la información en función de que, ya para mediados del siglo XIX, se registraban no menos de 12 imprentas, 13 librerías y 3 bibliotecas públicas en la Ciudad de México. Y, ya para el arranque del tercer tercio de dicho siglo, el Almanaque Bouret destacaba también la presencia de la biblioteca de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Sociedad Científica Antonio Alzate.⁹

De tal suerte que, para reconstruir nuestra historia de “vida literaria” capitalina en su centro histórico, se vuelve imprescindible también voltear a ver su cultura impresa (historia del libro, de las bibliotecas, de las imprentas, de las librerías), pues no dejan de ser sino los focos testimoniales del transitar de las calles de la urbe, como los museos y los centros de enseñanza.

V. Del Ateneo a la AEMAC: tránsito de ansias

Entre la que podríamos considerar como última asociación literaria del siglo XIX (es decir, con ese espíritu), el Ateneo de la Juventud de 1909, y la última asociación meramente gremial en el país, la Asociación de Escritores de México, A. C., de 1965 y vigente en la actualidad, dos actos

⁹ Cf. Noé Ángeles Escobar *et al.*, “Las bibliotecas, imprentas y librerías en las guías de forasteros y obras relacionadas de la ciudad de México”, en *Investigación bibliotecológica*, Vol. 23, Núm. 47, enero/abril, 2009, México, p. 121.

simbólicos, caseros y con aire de tertulia o reunión de camaradas, se anteponen en la historia como los actos fundacionales: el primero, en un país marcado por la Revolución y con una fiebre antecedida por los afanes de las revistas *Savia Moderna*, *Revista Moderna* y *Revista Moderna de México*, el arquitecto Jesús T. Acevedo creó en 1907 la Sociedad de Conferencias con coetáneos estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, en el corazón de este Centro Histórico, a partir de simples reuniones en su hogar en las que, épicamente, los jóvenes congregados se dieron a la tarea de leer nocturnamente a los clásicos grecolatinos y plumas monumentales del pensamiento occidental e incluso con asomos al oriental.

En segundo lugar, casi medio siglo después, en la casa de un pertinaz editor, el más importante catalán fuera de Cataluña, don Bartolomé Costa-Amic, llamada cariñosamente por amigos y colegas “la cueva de Costa-Amic” surgió la idea de fundar la Asociación de Escritores de México, A. C. en 1964, en pleno centro de la Ciudad de México —el número 14 de la calle de Mesones—. Era el ambiente idóneo, pues ahí se reunía de tarde en tarde una nutrida suma de escritores con trayectoria, junto a otros que iniciaban en su camino por la creación literaria.

Entre uno y otro grupo, distintos en sus propósitos y sus desarrollos, han pasado diversas agrupaciones de toda índole, desde talleres y clubes hasta sociedades y revistas, sin dejar de lado las peñas, uniones, editoriales independientes y grupos universitarios. Y en todos es posible presenciar un afán de hacer literatura y difundirla, pero no en todos se atestigua una “vida literaria” por encima de la vida *literaturizada*. Pocos se han atrevido, como Efraín Huerta, a entonar abiertamente su odio por la ciudad sin esqueleto, con «traidoras calles» y «habitaciones turbias», a llamarla:

Amplia y dolorosa ciudad donde caben los perros,
la miseria y los homosexuales,
las prostitutas y la famosa melancolía de los poetas,
los rezos y las oraciones de los cristianos.

Sarcástica ciudad donde la cobardía y el cinismo son alimento diario
de los jovencitos alcahuetes de talles ondulantes,
de las mujeres asnas, de los hombres vados.

En efecto, le declara su odio perfeccionado a fuerza de sentirla «cada día más inmensa, cada hora más blanda, cada línea más brusca», odiándola justamente por su «candor de virgen desvestida», pero sobre todo por sus poetas, «por ellos y su enfadosa categoría de descastados, por sus flojas virtudes de ocho sonetos diarios, por sus lamentos al crepúsculo y a la soledad interminable, por sus retorcimientos histéricos de prometeos sin sexo o estatuas del sollozo, por su ritmo de asnos en busca de una flauta». Pocos como él y como Buñuel que sitúen a los olvidados en su justa dimensión de vivos cuerpos y seres animados de la voz invertebrada que es esta ciudad de hierro, de gente sin descanso, de personajes que son literatura por encima de la afectada prosodia de quienes van con libro en mano hablándole a ese nadie que tampoco les presta atención. Ciudad *rumoraria*, pues, de una secrecía que se habla entre dientes porque muerte y remuerde la conciencia colectiva de este Centro, ombligo recio que no se desanuda ni se afloja, el México enroscado en su serpiente visceral.